

# ICARE: Empleo y la crisis 2021

**Raphael Bergoeing, Comisión Nacional de Productividad y DII - Universidad de Chile**

Muchas gracias a Icare y a Vivianne Blanlot por la invitación y la oportunidad de compartir este panel con Sandra y Juan Pablo para conversar sobre una de las carencias fundamentales en Chile: tener más y mejores empleos.

Durante la campaña por las primarias presidenciales todos los candidatos coincidieron en el enorme desafío laboral que enfrentamos porque, como muestran las cifras del INE, Chile ha recuperado la totalidad del producto perdido tras la pandemia, pero con cerca de 900 mil ocupados menos. Esto es un drama social y a largo plazo, porque la mayoría de esos 900 mil empleos que faltan se explican por una caída en la fuerza de trabajo, lo que, como ha mencionado el Banco Central, reduce nuestra capacidad de crecer sostenidamente. Y a lo anterior debemos agregar una preocupación estructural adicional: la acelerada adopción tecnológica tras la pandemia, reestructurando por sectores y tipos de trabajo la relación entre empleo y tecnología.

El miedo a las máquinas no es nuevo: a comienzos del siglo XIX los ludistas quemaban empresas textiles, tras la Gran Depresión Keynes acuñó el término desempleo tecnológico, y durante los años 60 Kennedy señaló que la pérdida de empleos por la automatización era su principal preocupación. Sin embargo, al menos en términos agregados, la realidad ha sido otra. Por ejemplo, en 2019 los tres economías más avanzadas -Estados Unidos, Alemania y Japón- tenían las tasas de desocupación más bajas del mundo; y desde 2000, se han incorporado más de mil millones de personas a la fuerza de trabajo global, sin observarse un aumento en el desempleo mundial. Hasta ahora, trabajo y tecnología han sido complementarios, no sustitutos. Pero esta vez podría ser distinto, porque la velocidad a la que se generó la adopción tecnológica reciente no ha permitido una adecuada transición. El temor es que el mercado laboral que deje la pandemia sea uno con desigualdad y desempleo persistentemente altos, con trabajo subcontratado en el extranjero o entregado a robots.

Así, los desafíos para la política pública, tanto social como productiva, son enormes, y nos han llevado a hablar sobre rentas mínimas garantizadas, incluso universales; y sobre capacitación. Esto, en un país con una situación fiscal deteriorada y un sistema nacional -el SENCE- considerado fallido hace más de una década (Larrañaga et al., 2011; Comisión Nacional de Productividad, 2018).

En este contexto, mis mensajes principales son dos:

Primero, el deterioro laboral afecta de manera heterogénea y permanente, con impacto social hoy, y en la capacidad de crecimiento a largo plazo.

Por ejemplo, sabemos que (Banco Mundial, 2021):

- Las crisis económicas afectan al mercado laboral de manera distinta entre sectores y tipos de trabajador, y sus efectos pueden ser duraderos, especialmente por su impacto en la

informalidad. De hecho, los que comienzan a trabajar durante una crisis como esta tendrán una trayectoria de ingresos 20% más baja que el resto durante su vida laboral.

- Al comparar tipos de trabajadores, los efectos más duraderos de estas crisis se dan entre los menos educados, afectando más su probabilidad de estar ocupados que el nivel de ingresos promedio. Para los trabajadores más educados el efecto es al revés: perjudica más sus salarios que su tasa de ocupación.
- Tras la crisis se espera un efecto mayor en la pérdida de empleo en localidades con sectores primarios predominantes -y menor prevalencia del sector servicios- y con menos empresas grandes. En Chile, debido a la menor proporción de empresas medianas, los impactos previos deberían ser más significativos.

Segundo, la política tiene la principal responsabilidad, tanto eligiendo entre las propuestas técnicas disponibles para suavizar la transición que exige adaptarse con rapidez a este nuevo escenario, como resolviendo faltas estructurales que impiden alcanzar una tasa de participación formal mayor. En particular, se requiere:

- Complementar la tecnología y el empleo, mejorando la capacitación, especialmente para los que hoy desempeñan tareas rutinarias y poco exigentes cognitivamente.
- Aumentar la participación laboral, mediante una mayor adaptabilidad que promueva la participación juvenil, femenina y de adultos mayores, por ejemplo, pasando de 45 horas semanales en todos los sectores a 180 horas mensuales. Y aprobando el proyecto de sala cuna universal (entre otros relevantes para lo laboral) que duerme en el congreso hace varios años, para que finalmente tengamos corresponsabilidad parental, de modo de hacer accesible el mercado del trabajo a más mujeres y facilitar el ingreso a aquellos cuyos requerimientos familiares no les permiten trabajar remuneradamente.
- Formalizar al 30% de la fuerza de trabajo que se desempeña fuera del sistema productivo organizado, por ejemplo, con transferencias condicionadas a dejar la informalidad.

Los tres elementos -mejor capacitación y mayor participación laboral y formalidad- son fundamentales para mejorar la productividad agregada, cuya falta es la principal razón por la que no somos un país desarrollado.

Entonces, y me disculpo por decir esto desde la vereda técnica, no son los diagnósticos ni las recomendaciones de política pública las que han faltado; es la política la que ha preferido, como en el ámbito de las pensiones, mirar hacia el lado en vez de hacer su trabajo: sacar adelante buenos proyectos de ley que mejoren estos aspectos. La política ha optado por no hacer nada, protegiendo de paso a grupos de interés que se benefician con la situación actual, como en el caso de la capacitación, o a intereses partidistas motivados por preferencias ideológicas, como en el tema previsional.

La pandemia ha sido una catástrofe para muchos. El trabajo importa no solo porque permite comer; éste, además, es un componente esencial de nuestra identidad. Es doloroso estar sin trabajo, pero también lo es estar atrapado en un trabajo que no queremos. Además, un desempleo alto está relacionado con mayor delincuencia y peor salud. Pero el legado permanente tras esta crisis puede ser un mundo laboral mejor si se aceleran los cambios que ya estaban en marcha y resolvemos los desafíos de la transición que los acompañan.

Con todo, lo que ha sucedido durante estos últimos 18 meses demuestra la importancia de tener mercados laborales más sanos y programas sociales más adecuados. Así, hacia adelante, la recomendación es generar apoyos estatales que se gatillen cuando el desempleo supere un determinado umbral; sistemas públicos digitalizados con información actualizada para combinar ayudas universales, pero eficientes -una de las razones para el retraso de las ayudas públicas durante la pandemia fue que el Registro Social de Hogares no estaba actualizado-; un sistema de capacitación que conecte con las necesidades del mercado y que nos permita ser aprendices de por vida; y mercados laborales más modernos, por ejemplo, con mayor adaptabilidad laboral, como han propuesto todas las comisiones de expertos transversales convocadas durante la última década.

**Muchas gracias.**